

SARI BASHI

# *Magluba*

Amor *La* dos voces

Libros de  
*seda*

*Para la doctora Tally Kritzman-Amir («Yael»), con cariño:  
siento su presencia en la luz y la música que ha traído al mundo.  
Y al querido pueblo de Gaza, con esperanza y pidiendo perdón.*

# Sumario



<i>Introducción.....</i>	<i>11</i>
<i>Primera parte: al revés.....</i>	<i>15</i>
<i>Segunda parte: en recuperación .....</i>	<i>185</i>
<i>Tercera parte: las reglas del amor.....</i>	<i>259</i>
<i>Cuarta parte: un nuevo país.....</i>	<i>325</i>
<i>Receta de maqluba.....</i>	<i>343</i>
<i>Nota de la autora.....</i>	<i>347</i>

# *Introducción*



**E**n 2006, yo era una abogada de treinta años israelí-estadounidense. Acababa de fundar una organización dedicada a la defensa de los derechos humanos con sede en la ciudad de Tel Aviv, Gisha; mediante dicha organización, ofrecíamos asistencia legal a palestinos de la Franja de Gaza que necesitaban autorización del Ejército israelí para entrar y salir de allí. Me enamoré de uno de mis clientes. Este libro, publicado originalmente en hebreo en 2021 (en Asia Publishers, editado por Rivka Yogev y Avri Herling), es una crónica de esa historia de amor narrada a dos voces, la mía y la de mi pareja. En esta traducción se han añadido explicaciones breves y contextualizado partes de la historia para ayudar a que los lectores se orienten. Y voy a comenzar con un resumen muy simplificado del contexto histórico y político en el que se da esta historia, descrito desde mi subjetivo punto de vista:

Cuando los británicos se retiraron de la Palestina histórica, o la tierra bíblica de Israel, en 1948, el movimiento sionista estableció el Estado de Israel. En aquel entonces, esta tierra la habitaban aproximadamente 1,3 millones de palestinos y 630.000 judíos. Durante la guerra que se produjo a continuación, 700.000 palestinos huyeron

o fueron obligados a abandonar sus hogares. El gobierno israelí recién instaurado no les permitió regresar una vez terminado el conflicto. Algunos se establecieron en campos de refugiados como el de Jabalia, en la Franja de Gaza, la cual formaba parte de la Palestina histórica, pero se hallaba fuera de las fronteras del Estado de Israel según las reconocía la comunidad internacional. Al inicio de la guerra, el ejército egipcio había tomado Gaza, mientras que las autoridades jordanas tenían el control de Cisjordania. En 1967, el ejército israelí capturó y ocupó Gaza y Cisjordania, incluida Jerusalén Este.

El gobierno israelí instituyó un régimen marcial sobre los palestinos que vivían en aquellas tierras y también empezó a crear asentamientos de colonos judíos, lo cual supone una violación del derecho internacional, que prohíbe a las potencias invasoras establecer asentamientos civiles en los territorios ocupados.

A lo largo de los años, la autoridad israelí fue restringiendo cada vez más el tránsito entre Gaza y Cisjordania. En 1995, como parte de un acuerdo de paz negociado en Oslo, la Organización para la Liberación de Palestina y el gobierno israelí crearon la Autoridad Palestina, una organización de gobierno local diseñada para ocuparse de los asuntos del día a día de Gaza y Cisjordania. Durante un periodo de transición de cinco años, la Autoridad Palestina quedaría bajo la supervisión del Ejército israelí. Este periodo de transición terminó en el año 2000, sin que eso pusiera fin al control militar del Ejército israelí sobre los palestinos; aun así, la Autoridad Palestina continuó funcionando. En 2005, Israel desmanteló sus asentamientos civiles, puso fin a la presencia hasta entonces permanente de sus tropas dentro de la Franja de Gaza y se retiró hasta la frontera, desde donde continuó controlando el flujo de personas y mercancías y encargándose del censo de la población y de la recaudación de impuestos.

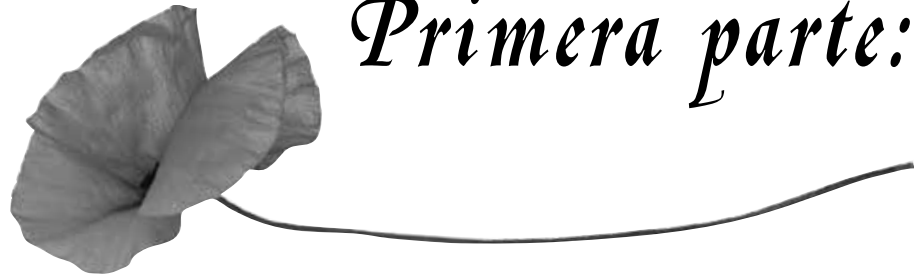
En 2007, una lucha interna en el seno de la Autoridad Palestina dio lugar a una ruptura en la que Hamás se hizo con el control del

gobierno local de Gaza y Fatah con el de Cisjordania. Con el paso de los años, el gobierno de Israel fue endureciendo las restricciones de tránsito de los palestinos de una zona a la otra. Hoy se prohíbe el desplazamiento de palestinos entre Gaza y Cisjordania y su entrada en Israel, salvo en circunstancias excepcionales. Asimismo, no se permite a los palestinos de Gaza ni de Cisjordania viajar al extranjero desde ningún aeropuerto ni puerto de mar. Las fuerzas israelíes operan puestos fronterizos temporales y permanentes y levantan barreras dentro de Cisjordania para impedir que los palestinos entren en las zonas que han sido designadas como solo para israelíes.

El gobierno de Israel y la Organización para la Liberación de Palestina establecieron tres regímenes de control dentro de Cisjordania. El Área A se compone en su mayoría de ciudades palestinas cuyo gobierno y vigilancia policial corresponden a la Autoridad Palestina. Los ciudadanos israelíes, sus residentes y aquellos extranjeros a quienes se les ha otorgado un visado para entrar en Israel tienen prohibido el acceso al Área A sin un permiso especial. El Área B se encuentra bajo el control policial del ejército israelí, si bien la Autoridad Palestina se encarga de los asuntos locales como el sistema educativo, la planificación urbana, la recogida de basuras y el mantenimiento de las infraestructuras. El Área C, que representa el sesenta por ciento de Cisjordania, se encuentra bajo el control total de Israel tanto en materia de seguridad como en los asuntos civiles, y dentro de la misma se hallan la mayoría de los asentamientos de judíos israelíes. Desde 1967, las autoridades israelíes han ido ocupando grandes partes del territorio de Cisjordania para establecer asentamientos de colonos vedados a los palestinos en los que en la actualidad viven alrededor de 600.000 israelíes. Estas personas residentes de Cisjordania se encuentran sujetas a la legislación israelí, mientras que los palestinos de Cisjordania —excepto aquellos que viven en Jerusalén Este— deben obedecer las leyes militares, que son mucho más restrictivas.

En líneas generales, la legislación israelí no permite que los israelíes accedan a las ciudades palestinas ni tampoco que los palestinos entren en Israel. Una barrera de sesenta y cinco kilómetros, mitad verja, mitad muro de hormigón, rodea la Franja de Gaza, y otra todavía sin terminar de setecientos kilómetros recorre Cisjordania, cercando algunas partes de la región y aislando unas ciudades de otras y de las tierras de cultivo adyacentes. Las autoridades israelíes controlan todos los desplazamientos desde y hacia Cisjordania, y casi todos los que se producen desde y hasta Gaza. Los palestinos que quieran cruzar estas fronteras necesitan permisos especiales.

Estas son las circunstancias que nos unieron a Osama y a mí.



*Primera parte:*  
al revés

**Sari**  
**Inmóvil**

Conocí a Osama porque estaba atrapado en la ciudad de Ramala, en Cisjordania. Ramala era su hogar y también su prisión.

Osama nació en la Franja de Gaza dos meses después del comienzo de la ocupación israelí. Eso explica que se llame así. Su padre huyó a Egipto durante la guerra, por eso, en agosto de 1967, cuando su madre dio a luz, fue su tío el encargado de ponerle un nombre a este bebé cuyo padre estaba ausente a causa de la ocupación militar. Su tío eligió un nombre poderoso: Osama significa «león», ese animal al que ninguna otra criatura de la sabana puede derrotar.

Como Osama nació en la Franja de Gaza, dentro del campo de refugiados de Jabalia, esa es la dirección que aparece en el carné

de identidad que le concedieron las autoridades israelíes, incluso aunque se mudara a Ramala en 1985 y haya vivido en esta ciudad más de dos décadas. El estado de Israel no permite que los palestinos cambien su dirección de Gaza a Cisjordania.

Mi especialidad dentro de la abogacía es la libertad de circulación. En 2005, fundé junto a otro compañero una organización dedicada a la defensa de los derechos humanos, Gisha. Gisha ofrece representación legal a personas como Osama; palestinos, la mayoría de ellos de Gaza, que necesitan autorización del Ejército israelí para reunirse con un familiar, ir a su trabajo o a la universidad, recibir cursos de formación profesional u obtener atención sanitaria. Por casualidad —o quizá no tanto—, mi pasión fuera del trabajo son las carreras de larga distancia. Soy una figura prominente dentro de la humilde comunidad de corredores *amateur* de ultramaratón en Israel. A primera hora de la mañana, y también los fines de semana, corro durante horas a través de ciudades, campos, parques, pueblos y bosques, y eso me confiere una inagotable sensación de libertad que solo está limitada por mi resistencia física. Entre semana, dirijo un equipo de abogados que se encarga de ayudar a que gente como Osama supere las restricciones impuestas a su libertad de circulación. Cuando lo conocí en 2006, Osama llevaba años posponiendo sus estudios. Quería progresar en su carrera profesional, pero su mundo se reducía a las calles de Ramala, rodeado de soldados.

Las leyes militares no le permitían permanecer en la ciudad, y por eso le daba miedo que lo detuvieran en un paso fronterizo si trataba de marcharse. Si lo arrestaban, sería enviado a Gaza y no podría regresar.

Osama me pidió ayuda para obtener un permiso especial del Ejército que le permitiría ir a estudiar un doctorado en Londres y regresar a Ramala durante las vacaciones. Presenté una solicitud ante el Tribunal Supremo y logré alcanzar un acuerdo con el Estado gracias a la intercesión de un abogado amable dentro de este sistema

hostil. Dicho acuerdo permitía a Osama estudiar en Londres, venir de visita durante el transcurso de sus estudios y regresar a Ramala cuando terminara el programa de doctorado. A partir de ese momento, volvería a estar atrapado allí.

Nuestra relación era de abogada y cliente. Osama era diferente de los demás hombres que había conocido, tanto israelíes como palestinos: era callado, amable, inteligente y sensual. Tenía unos brazos fuertes con los que me podía abrazar de verdad, ojos negros que observaban el mundo con curiosidad, facciones delicadas, una perilla bien cuidada, y la sonrisa abierta e ingenua de un niño. Éramos conscientes de que anhelábamos algo prohibido que era inimaginable. Cuanto más tratábamos de mantener la distancia, más excusas encontrábamos para acercarnos.

## **Osama**

### **Darle la vuelta a la olla**

Mi teoría sobre la sociedad palestina —que creo que también se cumple con la sociedad israelí, aunque de un modo diferente— es que para nosotros la vida está al revés. El *maqluba* es un plato árabe-palestino que tiene de todo: lo componen varias capas abundantes de pollo o de carne de ternera, especiada, verduras, arroz y patatas. Hay multitud de formas de preparar *maqluba*, que está muy bien, pero confunde a quienes, como yo, no sabemos demasiado de cocina. Cuando el plato está terminado, se sirve del revés; esto es, hay que darle la vuelta a la olla encima de una buena fuente. Por eso se llama *maqluba*, que en árabe significa «al revés».

Fue mi primer viaje al extranjero, a un lugar que parecía estar del derecho, lo que hizo que me diera cuenta de que las cosas aquí estaban del revés. En 1998 obtuve un permiso excepcional del Ejército israelí para realizar una visita de dos semanas que organizaba

una institución educativa de los Estados Unidos. Entonces tenía treinta y un años y era la primera vez en mi vida que pisaba un aeropuerto, en concreto el de Ben Gurión, que se encuentra en Lod. Tuve que separarme de mi esposa Nisreen y de nuestro bebé, Firas, aunque al menos ellos no tuvieron que pasar por la horrible inspección a la que me sometieron a mí. En un primer momento, me sorprendió gratamente que el agente de seguridad israelí se dirigiera a mí como «señor Fahed» cuando me sacó de la cola de pasajeros. Ninguna persona uniformada me había llamado «señor» hasta entonces, y tampoco había escuchado nunca palabras respetuosas de parte de israelíes armados. Pero entonces me llevó detrás de una mampara donde me obligaron a quedarme en ropa interior delante de otros dos hombres. Me revisaron la maleta, desparramando sobre la mesa el equipaje que yo había colocado con tanto esmero.

Aquella fue mi primera vez a bordo de un avión y mi primera entrada en otro país. En el aeropuerto estadounidense, me embargó una extraña sensación de confort, de ausencia de miedo. Me hallaba lejos de los israelíes... ¡Increíble! Y ni siquiera me hacía falta tener siempre a mano mi carné de identidad. A pesar de que no hablaba muy bien inglés, me puse a dar vueltas por el aeropuerto como si fuera una de aquellas personas para quienes había sido construido. Oí que me llamaban por megafonía: me pedían que me dirigiera al mostrador de información. Alguien me tocó el hombro, y al darme la vuelta me encontré con una mujer uniformada que me preguntó si era el «señor Fahed». ¡Guau! Jamás había imaginado que podría viajar al extranjero. Por primera vez había salido de la prisión de Palestina.

He llegado muy lejos desde mis inicios en nuestra casa de Gaza. Soy el cuarto de cinco hermanos, hijo de una madre soltera que además era refugiada. Desde que tengo memoria, he sabido que nuestro padre nos abandonó para mudarse a Egipto, pero no recuerdo que mi madre me lo contara. Mi tío se encargaba de firmar

el boletín de notas del colegio, salvo el de cuarto de primaria —o quizá fue tercero—, cuando mi padre vino de visita. Recuerdo que era alto y que mamá parecía muy callada. A él le interesaba sobre todo mi hermana mayor, Hayat, que tenía ocho años cuando él nos abandonó. Se quedó con nosotros cuatro semanas y después regresó a Egipto.

Aprendí cosas sobre la cultura y el día a día de Egipto gracias a las películas egipcias que veía todos los viernes en casa de un vecino rico que tenía televisión. En estas películas, todo el mundo tenía electricidad y televisión en casa. Unos parientes que fueron de visita a casa de mi padre en Egipto nos contaron que tenía dos televisores.

Crecí siendo muy consciente de lo que eran la injusticia y la falta de seguridad, y con el deseo de proteger y ayudar a mi madre como pudiera a pesar de ser un niño. A los doce años, empecé a trabajar como ayudante en un taller para que ella dependiera menos del apoyo económico de sus hermanos. En mi adolescencia empecé a ganar más dinero trabajando en la construcción en Israel, y le entregaba todo mi salario a ella. Hasta que salí del campo de refugiados donde vivíamos, no fui consciente de las penurias económicas que padecíamos, ya que todos nuestros vecinos estaban en la misma situación.

A los diecisiete años, escribí a mi padre para pedirle que me ayudara con una solicitud para estudiar en la Universidad Americana en El Cairo. Solo lo había visto dos veces en mi vida, pero le hice llegar la carta por medio de un pariente que iba a viajar a Egipto. Me contestó diciendo que había intentado ayudarme sin éxito y que no debería ir a Egipto. Esto sucedió durante el verano en el que me gradué del instituto. Al verme tan decepcionado, mi madre me sugirió:

—¿Por qué no solicitas una plaza para estudiar en Cisjordania como tu hermano Omar?

Por aquel entonces, en Gaza no había universidades. Aunque no me apetecía estudiar en Cisjordania —era un lugar lo bastante desconocido como para provocarme ansiedad, pero no lo suficiente para despertar en mí interés—, cuando Omar se marchó

de regreso allí al final de sus vacaciones, le entregué mi solicitud para que la llevara con él. Me admitieron, pero no en la carrera de Ingeniería, pese a que tenía una buena media. Alguien me dijo que la universidad no admitía a gazatíes en programas de prestigio como el de Ingeniería; no sé si será cierto. Mi madre estaba nerviosa cuando me marché. Los siguientes ocho años los pasé yendo y viniendo de su casa a la universidad.

Mis estudios coincidieron con la primera intifada contra el régimen militar de Israel, durante la cual se produjeron grandes huelgas y protestas. Tenía que regresar a menudo a Gaza, cada vez que el ejército clausuraba la universidad o prohibía la circulación desde la Franja de Gaza. En mi primer año solo logré terminar un semestre, y durante tres años ni siquiera pude llegar hasta Cisjordania. Cuando por fin me gradué, me ofrecieron un trabajo como profesor en un instituto de Gaza, pero me decidí por otro puesto en Ramala. Y desde entonces me he quedado aquí, hasta este primer viaje al extranjero.

En Estados Unidos, visité por primera vez un museo, el California Science Center de Los Ángeles. Todo estaba cuidadosamente planeado y organizado para guiar a los visitantes en un camino de aprendizaje. Fue entonces cuando me enamoré de los museos. Di paseos por Beverly Hills, me monté en atracciones y comí en un restaurante iraní y en un vietnamita vegetariano. Viví multitud de primeras veces en este viaje. Descubrí que la vida podía ser de otra manera. Había tanto espacio, con carreteras enormes que se alargaban en la distancia, que creí que cualquier cosa era posible. Di vueltas por la ciudad sin sentir miedo. Todo me resultaba fácil, incluso sin conocer aquel lugar. Quizá solo te parece así de sencillo cuando estás de visita. También descubrí que casi todos los estadounidenses tienen al menos dos televisores en casa.

Dos semanas después, regresé a la cola especial para «árabes» del aeropuerto de Lod. Todo volvió a ser como era, pero yo había cambiado. Había descubierto que existen lugares del planeta que

no están controlados por soldados. Que había gente que estaba lo bastante a salvo y tenía el dinero suficiente para crear cosas bonitas y tratarme con cortesía. Mi mundo había crecido, y no podía dejar que volviera a encogerse.

Pasaron los años, hasta que un día la David Roberts Art Foundation de Londres me informó de que había obtenido una beca para cursar un doctorado. Mi hijo Firas, que entonces tenía ocho años, estaba a mi lado cuando recibí la llamada. En un estado de estupefacción, colgué el teléfono y lo miré. Saltamos de alegría y gritamos para celebrarlo. Firas llamó a su madre para darle la noticia. Por aquel entonces, Nisreen todavía era mi esposa y trabajaba en Jerusalén.

Fue un sentimiento de alegría un tanto confuso. Un programa de doctorado de tres años en Londres era mucho más largo que una visita de dos semanas a los Estados Unidos. Me preocupaba irme tan lejos y arrastrar a Nisreen y Firas conmigo. También me habían admitido en un doctorado «dentro», que es como llamamos a la parte de Palestina que se encuentra dentro de la Línea Verde, es decir, las fronteras de Israel tal como las reconoció en su momento la comunidad internacional. Este programa se hallaba a solo sesenta kilómetros y no implicaba tener que arrancar a mi familia de su hogar. Sin embargo, las autoridades israelíes se negaron a concederme la autorización para que me desplazara hasta el campus de la Universidad de Tel Aviv.

Conocí a Sari Bashi, una joven abogada que presentó una solicitud en mi nombre ante el Tribunal Supremo de Israel, pero perdimos. El tribunal decidió que yo había estado involucrado en actividades terroristas sin concretar, todo ello fundamentado en unas pruebas que ni a Sari ni a mí nos dejaron ver.

—No podemos hacer nada —me dijo Sari por teléfono mientras regresaba de la audiencia en los juzgados—. Si el servicio de inteligencia no cambia de versión, el tribunal no hará nada. Pero aún podemos intentar llevarte a Londres.

Su tono de voz era enfático, incluso un tanto severo, y me sorprendió. Después de conocerla mejor, me di cuenta de que en ese momento debía de estar enfadada.

Unas semanas después, Sari me informó de que las autoridades israelíes me daban permiso para viajar a Londres y regresar, pero todavía se negaban a reconocerme como un residente de Cisjordania. Eso me hizo dudar. Me daba miedo viajar al extranjero y que no me dejaran volver; o, incluso si me lo permitían, también me preocupaba disfrutar de la libertad durante un tiempo tan largo y luego tener que regresar a mi prisión en Ramala. Ann Marie, una amiga sudafricana que llevaba varios años viviendo en Palestina, me convenció para que aceptara el doctorado en Londres.

—Tienes derecho a estudiar en Tel Aviv, Osama, existe el derecho al retorno; pero si no te lo van a permitir, entonces sal de Palestina, ve al Reino Unido —dijo.

Ann Marie y Nisreen me organizaron una fiesta de despedida. Firas no se separó de mí ni un momento. Nos abrazamos y nos dimos muchísimos besos, porque éramos conscientes de que no nos veríamos durante varias semanas, hasta que terminara el curso escolar y Nisreen y él pudieran reunirse conmigo en Londres.

El día después de la fiesta, salí de Cisjordania con rumbo al aeropuerto Reina Alia en Jordania. Esta era una nueva ruta que evitaba el aeropuerto israelí de Ben Gurión, que desde el año 2000 estaba cerrado a los palestinos.

En el paso fronterizo de Jordania, un oficial israelí me puso de los nervios diciendo que tenía prohibido viajar. Esperé más de dos horas en la ventanilla número diez. Le envié varios mensajes a Sari, que me pidió que continuara esperando. Quizá todo sería más fácil si me impidieran marcharme y tuviera que volver a casa, pensé. Los demás viajeros observaban con suspicacia. Según me dijeron, la ventanilla número diez se encargaba de los interrogatorios llevados a cabo por los servicios de inteligencia y de los gazatíes. «Un

momento, lo estamos comprobando. Un momento». Esperé un momento. Y al final permitieron que cruzara la frontera.

A los treinta y ocho años, me encontraba por primera vez en un país árabe, de camino a un país europeo. Estaba entusiasmado y a la vez aterrizado. ¿Cómo me cambiaría este viaje? ¿Quién sería a mi regreso?

## **Sari**

Tel Aviv, 2005

### **El mar**

Se podría decir que fundé Gisha, que en hebreo significa «acceso», gracias al mar. Tenía veintiocho años, mi contrato como secretaria del Tribunal Supremo estaba a punto de terminar y me habían ofrecido que siguiera trabajando allí como asesora legal. La perspectiva de aceptar dicha oferta me resultaba deprimente. No quería dedicarme a escribir borradores de sentencias judiciales que legitimaban las acciones de las fuerzas de seguridad israelíes, ni tampoco quería seguir viviendo en Jerusalén, que me resultaba más opresiva que cuando me mudé allí a los veintiún años, en 1997. En los siete años que habían transcurrido desde entonces, Jerusalén se había vuelto más religiosa, tensa y violenta, y yo aún me estaba recuperando de una ruptura con un hombre al que había querido mucho y que era lo que me ataba a aquella ciudad.

Junto con un compañero más veterano, David Fried, comencé a fantasear con un proyecto por medio del cual pudiéramos prestar asistencia legal a los habitantes de la Palestina ocupada que se veían sometidos a restricciones de circulación. No sabíamos cómo íbamos a costearlo ni qué podíamos ofrecer a nuestros clientes. Aunque yo no estaba segura de saber lo que estaba haciendo, David confiaba en mí. Me planteé aceptar el puesto del Tribunal Supremo. Me planteé mudarme a Nueva York y trabajar para una organización para la

defensa de los derechos humanos que pudiera ofrecerme un empleo con unas funciones definidas, un escritorio y un supervisor. Un día le hablé a una amiga de este proyecto mal definido que David y yo estábamos empezando a desarrollar. Le dije que siempre había querido vivir junto al mar. Si dedicaba un año a desarrollar el proyecto, al menos podría vivir en Tel Aviv, donde se encontraba la oficina de David, y alquilar un piso cerca del Mediterráneo. Y eso es lo que sucedió.

El mar me salvó. Comienzo cada día con una carrera por la playa, y al terminar me doy un baño para que el mar se lleve con él el sudor y el estrés. Dejo atrás el ruido y la contaminación del centro de Tel Aviv, contemplo el horizonte infinito de cielo y mar, y me armo del optimismo que hace falta para superar otra jornada lidiando con la autoridad militar. Absorbo esa sensación de apertura y posibilidades que me ayudan a reconectar con el propósito de mi trabajo. La libertad que representa el mar es la otra cara de la moneda de las restricciones que me paso los días tratando de derribar.

La madre de Osama fue expulsada de Ascalón, una ciudad junto al mar, que antes de que cayera en manos de las fuerzas israelíes, en 1948, se llamaba al-Majdal, al campo de refugiados de Jabalia, en Gaza, también junto al mar. Ella, al igual que sus vecinos, unas de 12.000 personas, tuvo que dejar atrás las casas de piedra y los naranjales a la orilla del mar que hasta entonces habían sido su hogar. Su nueva residencia era una tienda de campaña en el abarrotado campamento de Jabalia. Naciones Unidas les entregó a sus padres sacos de harina, arroz y azúcar y botellas de aceite, y más adelante construyó chabolas para reemplazar las tiendas de campaña. Cuando todavía siendo adolescente se convirtió en madre y esposa, acompañó estas raciones con las verduras que compraba en el siempre atestado y animado mercado del campamento, y con ellas cocinaba para Osama y sus hermanos.

La doble condición de Osama como refugiado y exiliado lo alejó del mar para conducirlo a las montañas y el aire puro y seco de

Ramala. Cuando nos conocimos en enero de 2006, no tardé en descubrir que comparte mi amor por el agua, incluso aunque hiciera más de una década que no se le permitía visitar la costa de Gaza.

—El mar estaba agitado esta mañana —le escribí en nuestra primera conversación que no versaba sobre demandas ante el juzgado y mandatos militares.

Se suponía que era un correo electrónico para hablar de una solicitud que iba a presentar en su nombre ante el Ejército israelí.

—Me lo imaginaba —respondió él—. Noté la fuerza del viento esta mañana cuando iba de camino a la universidad.

En mi fuero interno, mido la condición de refugiado de alguien de acuerdo con la distancia que esta establece entre él y la masa de agua junto a la que creció. La agitación que se produjo en los albores de la guerra de 1948 arrancó a mi padre de su infancia a orillas del Tigris en Bagdad; de los paseos junto al río con su niñera y las carpas que los pescadores asaban junto al río y que luego se llevaban a casa envueltas en papel y comían acompañadas de ensalada y mango encurtido. A los nueve años, cuando las autoridades de Irak empezaron a tomar medidas en contra de los judíos iraquíes, huyó junto con sus padres hasta el mar de Tel Aviv. Tras emigrar a los Estados Unidos catorce años más tarde, después de luchar para el ejército israelí en la guerra de 1967, se alejó de ese mar. Atravesó el océano Atlántico y se estableció en una casa de Nueva Jersey, a una hora de una playa a la que solo podíamos acceder si pagábamos una tasa de admisión. Mi infancia estuvo marcada por las autopistas y los centros comerciales; la playa era una inusual recompensa veraniega.

Luego, a los veintinueve años, emigré a la costa donde papá había pasado su juventud. Alquilé un piso en Tel Aviv, a poca distancia del apartamentito lóbrego que los ancianos padres de mi padre habían comprado con el dinero que lograron sacar a escondidas de Irak. Allí, junto a aquella extensión de cielo y mar, él había descubierto un mundo abierto y lleno de posibilidades.